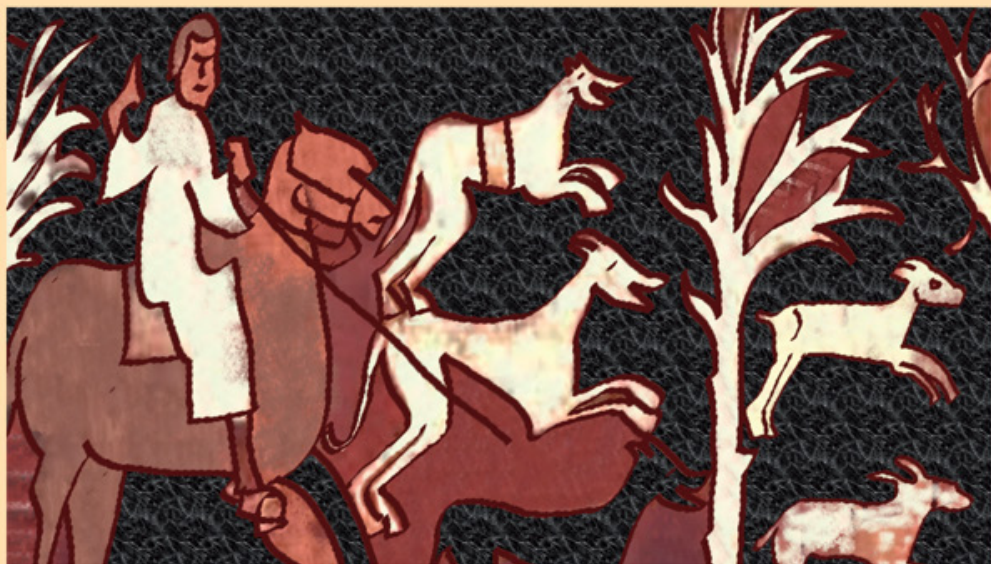


EL ÚLTIMO CAPÍTULO



∞ ∞ ∞ ∞ ∞ ∞ ∞ ∞ ∞

∞ ∞ JAVIER LIZASOAIN HERNÁNDEZ

El último Capítulo

JAVIER LIZASOAIN HERNÁNDEZ



DOCE
CALLES

ÍNDICE

Presentación.....	13
I El documento número 1.....	17
II Y el hombre hizo el alma.....	37
III Las tres urnas.....	59
IV «Inolvidables escenas de caza y animales fantásticos».....	85
V El alcalde y el arcipreste.....	105
VI El silencio del abuelo.....	125
VII Sale el sol, también la luna.....	145
VIII Púdrase de asco.....	167
IX Murió sin madre.....	199
X La barragana de Casillas.....	203
XI Mentiras y verdades.....	223
XII Los Scarsi y yo.....	243
XIII Un sueño, unas pinturas.....	269
XIV El capítulo final.....	285
XV Epílogo.....	305

Presentación

El viaje es consustancial al ser humano: el hecho de nacer nos marca la obligación de caminar hacia el futuro. Y si es intrínseco a nuestra propia naturaleza, inevitablemente ha de estar presente en la expresión de la misma, en el arte y, especialmente en la literatura,

Desde el principio, *El último capítulo* se plantea como un viaje hacia la VERDAD con mayúsculas, una verdad que puede explicar el porqué de un abandono y, al mismo tiempo, la razón de ser, la esencia de unas vidas. En efecto, Lucía y Marina emprenden una travesía para descubrir esa verdad que tanto ha marcado sus vidas. Se trata de un viaje compartido de las dos con los lectores ávidos de conocer esa misma verdad y descubrirla con ellas. Por un lado se trasladan en el espacio hacia las raíces y el origen (Casillas y San Baudelio) y en el tiempo hacia el pasado como catapulta al futuro. Aquí radica, precisamente, la intriga de la novela, una intriga muy bien planteada y resuelta tras pasar por una serie de etapas: parten desde la incertidumbre o la mentira, pasan por Casillas –donde yacen las raíces de las tres–, recorren una sala del Museo del Prado... En este aspecto, el autor juega con las *Memorias* de Justina y con espíritu curioso de Marina. Ambas nos llevan a lo que en un principio parece el final del camino.

Pero no termina aquí la historia. No termina en un viaje colectivo, sino que, además, se producen viajes individuales y estos son, sin duda, lo más

importante, lo que más aporta a la novela: la introspección. El punto de partida es muy diferente. Justina parte con ventaja. Ella no necesita hacer esa introspección para conocerse pero sí para que Lucía y Marina viajen a su interior y se conozcan y se reconozcan, para que entiendan qué y quiénes son. A través del diálogo –o tal vez del monólogo- ambas se desnudan y entienden, por fin, su esencia, lo que las hace mujeres de la familia Orozco.

A su vez, el lector realiza un viaje en solitario hacia el origen -un viaje que no conocen y ni siquiera sospechan las protagonistas-.

Desde esta perspectiva, parece que definitivamente se trata de un trayecto en un solo sentido, pero nada más lejos de la realidad en cuanto que es la única forma de fluir hacia el futuro. Para partir hay que estar vivo y sentirse como tal. A través de la verdad es la única forma de que se pueda caminar conscientemente hacia el lugar que cada uno se proponga.

Esta novela, es además, un reflejo de la condición de la mujer, de la soledad, de la lucha por sobrevivir en una sociedad adversa. El reflejo, también, de una España rural y cerrada, de una época que nos duele a todos. Son los personajes quienes forman la intrahistoria en un contexto histórico que el autor maneja con maestría. No obstante, cuando terminamos de leer, nos quedamos con la sensación de que serán ellas las que decidan. De alguna forma lo hace Marina una vez que ha indagado en su interior y esperamos que lo consigan las futuras generaciones.

Toda esta imbricación de viajes e historias personales y familiares están aderezadas muy ajustadamente con un estilo variado. De alguna forma, podríamos decir que hay una mezcla de discursos literarios. Cuando narra Marina, el autor se decanta por un estilo neutro, casi informativo, para lo que se sirve de dos recursos: su propia profesión y la calidad de periodista de Marina. Hallar en una novela un discurso dramático no es nada extraordinario. Los diálogos y monólogos propios de cualquier novela así lo demuestran. Sin embargo, sí podemos decir que es el diálogo más hilo conductor que la propia narración. Y lo que sí es extraordinario –al menos atípico– es la lírica dentro de la épica. En los diálogos entre madre e hija –tal vez monólogos– es donde realmente observamos la pasión del escritor,

de quien ha construido unas vidas que son suyas y a la vez de todos. Cuando Lucía y Marina se confiesan, se desnudan ante la otra y ante sí mismas. Se trata de un desnudo integral, no por exigencias del guión sino por necesidad vital. Y la pasión adquiere tanta fuerza, que el lector puede sentir cómo se juntan las manos y se enlazan los dedos y tiembla todo el cuerpo. Mención especial se merece la narración de las memorias de Justina. Son poesía pura. Aquí es donde vemos las entrañas, donde el cuerpo se transparenta para ofrecer el sentimiento puro. Es Justina quien más tiene que decir, quien juega con esa ventaja que le ofrece el conocimiento de la verdad y quien por dicho motivo nos ofrece esa transparencia, aunque sea bajo el velo sutil y extremadamente fino de Scarsi. Se trata de una expresión dentro de un dolor desgarrador. ¿Qué más hay más doloroso que sentir la muerte en vida y expresarlo de una forma tan serena como lo hace Justina? sosegada «*Pero llegó el día en que el sol se escondió y ni la luna salió*», es una de tantas expresiones que se convierten en temblor de nuestra piel.

En todo este viaje lleno de desnudez y de pasión, encontramos la huella de Javier. Lo vemos en el proceso de documentación –evita cuando puede la improvisación–, en el tema del arte –convertido en otro leit-motiv de la novela y donde él se mueve como pez en el agua– que forma parte de su estilo vital, en ese matiz de exquisitez y coquetería de los Scarsi, en la selección musical y culinaria, en el armazón de la novela en cuanto que todo parece pensado y calculado minuciosamente... Pero donde más lo reconozco es en el alma. En el capítulo II –que con el título de *Y el hombre hizo el alma*, supone el viaje que el lector hace en solitario–, en lo que parece un verso suelto, el maestro de San Baudelio, el maestro, tan solidario como el propio autor, intenta dar alma a la ermita. Esta es una constante en Javier, el deseo de que todo tenga alma. Y sabe que para conseguirlo es importante la preparación concienzuda del cuerpo, del armazón, pero no es suficiente. Hay algo que se escapa. Siempre lo hay. En el caso de San Baudelio es el azar quien sienta las bases y el sentimiento de Casillas –y especialmente de los Orozco– quien define el alma. Algo similar le ocurre al autor, busca el alma, no se conforma con un cuerpo perfecto, quiere algo más, quiere que

todo tenga una seña de identidad, que entre todos quienes participan en un proyecto o en una realidad construyan eso que, aunque intangible, hace distinta dicha realidad de otras semejantes. Él mismo podría dotar de alma a cualquier proyecto en que participa, pero su ética –probablemente con la que lo amamantaron- se lo impide. El alma ha de ser colectiva y no es una visión democrática de la realidad, sino ética. Es una máxima que lleva al trabajo y que refleja a la perfección en esta novela. Es una obra con alma –y no solamente por la intensidad emocional– sino por el reflejo que en la misma hay de él: de cómo es y de qué es. Y precisamente la búsqueda del alma se convierte en su punto débil y en su grandeza. Poco a poco, quienes lo vamos conociendo, descubrimos que no se conforma con la perfección exterior y a medida que lo hace, él también se desnuda y se vuelve vulnerable. Pero bendita sea dicha desnudez. Esta novela tiene alma, el alma de Javier y, estoy seguro, de quienes lo acompañaron en el camino.

Daniel Pescador

NOTA: Los hechos aquí narrados se inspiran en la Historia de la ermita de San Baudelio de Berlanga (Soria), mas los personajes y las actuaciones de aquellas gentes y sus nombres son absolutamente inventados por mí. Si alguien en ellos se viera, no lo dude y lánzese a contar relatos pues cuenta con mayor imaginación que la que posee quien esto escribe.





La vida de Justina se ve truncada por su negativa a la venta de unas pinturas románicas que pertenecen al pueblo donde nació y vivió. Las consecuencias de tal decisión adquirirán dimensiones insospechadas. Transformarán su existencia y la de los suyos, para los que su desaparición brusca e inexplicable la convertirán en un recuerdo negado.

Su vida será un misterio para ellos. Su muerte, el inicio de un camino bien pautado, hacia la verdad. Su nieta Marina, y su recelosa madre, la hija de Justina, aceptarán recorrerlo. Y se adentrarán junto al lector en esa verdad, paso a paso, capítulo a capítulo, hasta el último.

La historia de tres generaciones que quedaron marcadas por una ermita, San Baudelio de Berlanga, sus pinturas y sus gentes.



DOCE
CALLES

